

# COSTUMBRES Y TRADICIONES

Entre los trabajos que el Jurado calificador del II Concurso de Reportajes MVNDO HISPANICO recomendó para su publicación, figura el que presentó don Pablo Garrido—por otro lado, ganador del primer premio por su artículo «La Ciudad sin horizontes: N. Y.»—sobre los extraños ritos de los mineros del Norte de Chile, que aparece unas páginas más adelante. Complemento del cual es esta información del mismo autor sobre las costumbres y las tradiciones de aquellas lindes chilenas.



SE extiende el territorio de Chile a lo largo de un litoral de más de tres mil millas, parapetado en toda su dilatada extensión por el macizo andino. La angosta faja de tierra chilena—que a los norteamericanos sugiere un «shoe-lace» (cordón de zapatos) y a Eduardo Marquina el tener «forma de espada»—encierra climas y paisajes variadísimos y desconcertantes. Consecuentemente, sus hombres mímense por la estatura telúrica emanada del capricho geológico.

Herederos de una raza india—la Araucana que cantara Don Alonso de Ercilla en admirable poema épico—el espíritu nómada preside su conducta social en arrobador conjunto de actitudes, hechos y fantasías. El fatalismo indio pesa fuertemente en la filosofía del pueblo chileno y basta observarlo a la hora de la aflicción para ver cómo la serenidad equilibra todos sus actos. Heredero, también, del

genio andaluz, la adversidad misma le inspirará una copla, o le hará rebotar en verso mordaz y sarcástico todo un conflicto del alma angustiada. Rudo en la faena extenuante, garboso en la alegría popular; parco en la palabra dolorida, locuaz en el trato afectivo: así se mueve el pueblo chileno, ya sobre la cresta de sus montañas nevadas, ya sobre las arenas candentes, ya por entre las selvas cuajadas de cantos y mujidos, ya por entre los canales australes y sus millares de islas.

El «huaso», que es el campesino a caballo, salpica de anécdotas chispeantes todo un clima de prístinas e ingenuas actitudes. El «roto», que es el trabajador de la ciudad, encubre bajo su vestimenta raída todo un mundo de pícaras consejas y un abismante desdén por las riquezas materiales. Tipos claramente diferenciados, «huaso» y «roto», tienen, sin embargo, comunes denominadores: llaneza, camaradería, hospitalidad, en una palabra,

aquella cordialidad humana que amista a los hombres en un instante, cordialidad humana que otros hombres de otros pueblos sólo brindan tras largos titubeos, si llegan a brindarla.

Desde los albores de la Colonia, Chile proyecta sólo dos grandes explotaciones como base de su incipiente economía: la agrícola y la minera. Mientras el soldado guerrea el sacerdote y las mujeres administran y cultivan el latifundio. Mientras el cultivo de la tierra sólo suple la exigua dieta y las necesidades temporales, el soldado—explorador improvisado por las circunstancias tácticas de su faena—busca el fabuloso «oro de Indias», el oro que suplirá, ¡sea con creces!, todas sus necesidades temporales y las otras: aquellas que le darán asiento en palacio, que le colmarán de honores, que le vendrán a sufragar ocios, laxitudes y bienestares.

¡Y he aquí que halla el oro y halla la plata! En las treguas, y junto al parto y naci-



miento de las ciudades y pueblos—glorificación racional de nido y stirpe, sueño de hogar añorado mezclado a guarnición y fortaleza—las vetas minerales van imantando a los guerreros que ya pareciera sólo anhelan convertirse en seres sedentarios.

En 1554, Cierza de León comunica a la Corona: «En los valles de Tarapacá» es cierto que hay grandes minas, y muy ricas, y de plata muy blanca y resplandeciente».

¡Qué fruición, qué delirio, qué gloria en aquel recado!



El capitán general don Pedro de Valdivia—que fundara la capital chilena el 12 de febrero de 1541—antes de Cierza de León, había escrito aquello de: «Esta tierra es tal que para vivir y perpetuarse en ella no hay mejor en el mundo». Quizás, si guiado por

sol calcinante, son chilenos los primeros en explotar en grande escala el «salitre» de los desiertos peruanos y bolivianos—lo que un día habría de provocar una insensata lucha fratricida con aquellas naciones circunvecinas—y son mineros chilenos los que desatan la riqueza minera fabulosa de Bolivia, entregando su pericia en los famosos asientos de «Llallagua, Caracoles y Huanchaca».

Cuando se descubre el mineral precitado de «Arqueros», en 1825, la joven nación recibió un potente flujo de transformación. Dice don Claudio Gay: «El deseo de instrucción se hizo una necesidad y luego se vieron reunidos en los mismos estantes, los libros más tolerantes junto a los más clásicos. Era la aurora de un aticismo que aparecía con todos los encantos de la antigua Grecia».

Lafond de Lucy, de tránsito por La Serena, presenció la descarga de mineral traído de «Arqueros», y señala que: «Venía un trozo de plata nativa de ocho arrobas de peso, el

Dieciséis años más tarde, en 1848, se descubre el mineral de plata de «Tres Puntas», al norte de la dichosa villa de «Copiapó», y el recuerdo sombrío del pirata «Drake»—robándose veinte barras de plata por valor de cuatro mil ducados, por allá por 1579—pasa a ser una insípida anécdota para esos mineros que se bañan en champaña, que cuando van de compras se llevan todas las existencias del negocio, sin pedir siquiera rebajas, que cuando necesitan curar su dentadura mandan buscar a los expertos de mayor fama europea, que mandan fundir estatuas y jarrones para sus jardines a la Ciudad Eterna.

Y ese mismo año de 1848, «California» desata la cordura humana, al descubrir sus minas de oro. Miles de mineros chilenos son de los primeros en llegar a la gran aventura de Norteamérica; allí forman hogares, allí adiestran generosamente a los improvisados buscadores de vetas de ensueño febril, y, sobre todo, allí imponen la justicia hacia los trabajadores con su arrojo indomable de doble herencia: la del indio araucano y la del español poeta y aventurero.

Pero no sólo el oro y la plata saben trabajar los mineros de Chile, pues la fama y lustre del mineral de «Tamaya» logró colocar a Chile en sitio privilegiado como productor de cobre en todo el mundo. Hay que mencionar también las minas de cobre de «Catemu», en el valle de Aconcagua; la de «El Teniente», en los contrafuertes andinos de Rancagua; las de «Las Condes» y «Disputada», en las cercanías de Santiago, las de «Batuco» y «Naltagua», al sur del río Maipo, la última citada y, recientemente, el fabuloso mineral de «Chuquicamata», el mayor depósito de cobre que se conoce en el mundo. Por otra parte, las minas de carbón de «Lota», «Coronel», «Curanilahue» (todas ellas en la región sureña del país) acrecientan el índice que forma la tradición minera de Chile.

Con respecto al «salitre», o nitrato de sodio, aun cuando son mineros chilenos los que explotan el subsuelo desde tiempos inmemoriales en la región de los desiertos del norte, los hechos históricos registrados en 1879 ponen bajo bandera chilena el territorio físico. La cesión, conforme al Tratado de Ancón, comprende una extensión de aproximadamente trescientas millas por treinta de ancho, donde se halla la «Pampa salitrera», y aun cuando viene a proveer una fuente incalculable de ingresos, crea un grave problema de migración nacional para el aprovechamiento de los recursos naturales de tan inhóspita región del desierto.

Fué por este desierto por donde pasara don Diego de Almagro en 1531, y él fué quien revelara todos los yacimientos mineros de importancia que se conocen hasta la fecha. Algunos soldados españoles rezagados dedicáronse a la explotación de dichos minerales, ayudados por indígenas, en los asientos de «Huantajaya», «Santa Rosa», «Copaquire» y «Yabricoya». Se estima que durante la Colonia, por el solo puerto de Iquique se exportaron minerales por valor superior a setenta millones de libras esterlinas. Fuera de dichas minas de oro, posteriormente no se han descubierto de importancia alguna. Algunos parajes arbolados, como el «Bosque del Tamarugal»—en las vecindades de «La Tirana», donde se encuentran ahora los restos del mineral de «Huantajaya»—desaparecieron totalmente por el consumo de leña precisado para beneficiar el mineral.

Aunque la fabricación de la pólvora en forma clandestina era castigada con la pena de muerte por la Corona, sábase que las ricas minas de «Potosí» (Bolivia) se alimentaban del explosivo producido en contrabando en



esta honda convicción, trató—en segunda y bien armada expedición a la Araucanía—de «limpiar» el territorio de los indios indomables. Pero el araucano no cayó jamás hasta muy corrido el siglo diecinueve, y eso tras rudas luchas con la república misma, porque pareciera que también los hijos de Caupolicán tenían la convicción de que «su» tierra era tal «que para vivir y perpetuarse en ella no hay mejor en el mundo».

El pueblo chileno, en su anhelo de independencia, trabaja afanosamente y puédesse citar el hecho que el mineral de plata «agua amarga» (al sudeste de Vallenar, al norte de la capital) financió casi totalmente la guerra de Independencia, proclamada en 1810 y consolidada en 1817 definitivamente.

Por 1825 se descubrió la veta mineral de «Arqueros», de primera magnitud, y la naciente República siente un providencial relevo económico. Avezados en las faenas bajo

que fué «chancado» y dió cerca de 85 kilos de plata pura, pues no tenía más de cinco a seis por ciento de tierra. Es lo más hermoso que he visto en mineral, y he visto mucho».

Siete años más tarde, en mayo de 1832, un cazador de guanacos descubrió, a veinte leguas al sur de «Copiapó», el mineral más fabuloso que registra la historia de la minería de plata en América: «Chañarcillo». La figura de «Juan Goldoy», su afortunado descubridor, se eleva a la estatura de héroe legendario, y «Copiapó» se convierte en el centro más ilustre de la cultura chilena. Por sus escenarios, a partir de 1832, empiezan a desfilar las más prestigiosas compañías de arte dramático, destacándose también, y entre muchas otras, figuras como la Patti, con el cuadro lírico completo de la Scala de Milán. Toda la nación siente el tintinear de la plata de «Chañarcillo» y la prosperidad sonríe en la cara de cuantos cruzan bajo los cielos chilenos.



estas regiones, siendo el salitre del desierto, el carbón de tamarugo y el azufre de las cordilleras los elementos utilizados. Es muy probable que los bosques de La Tirana fueran impenetrable escondrijo de este tráfico y los indígenas allí ocultos iban a darnos, muy luego, una leyenda admirable que se aureolará con signos piadosos cristianos.

Así, lo que una vez fué enmarañado bosque, en muy pocos años—y por la faena minera del oro—se convirtió en lo que hoy es conocido como la «Pampa del Tamarugal (que «pampa» es voz quechua y aymará, que significa llanura, campo, planicie o vega). El terreno se torna inhóspito, la riqueza y la codicia se consumen a sí mismas. Cuando Charles Darwin visita la región, en 1835, describe las minas del salitre del Tamarugal como un infierno transplantado. Pero cinco años antes ya se estaba exportando la primera partida de salitre hacia Europa y la industria iba a tomar proporciones ciclópeas. Se tendieron algunas ferrovías y buscaron obreros esforzados, dispuestos a laborar bajo el sol ardiente y el frío impiadoso nocturno. Incipiente en sus comienzos, la elaboración recorre las etapas tecnológicas adecuadas, pues el salitre, como abono, como fertilizante de los campos más improductivos, es un nuevo maná. Desde el sistema primitivo de disolver en fondos la costra salitrosa, logrando su cristalización en forma de nitrato de sodio, hasta la instalación del sistema «Shanks» (por el minero Santiago Humberstone) y al empuje del fabuloso rey del salitre, el ciudadano británico John Thomas North (1890), obstáculos como la inexistencia de agua en la región fueron totalmente salvados. Chile entrega casi la totalidad de los yacimientos a concesiones inglesas y yugoeslavas de sus nuevas provincias, convirtiéndose en el máximo productor de abonos y viendo que el monopolio del mercado mundial constituye el cincuenta por ciento de las rentas fiscales por espacio de varias décadas.

En 1912, treinta y cinco compañías explotan el nitrato de sodio y en 1916, durante el período álgido de la primera guerra mundial, Chile batió sus propios records de ventas: 3.294.000 toneladas de salitre, percibiendo un impuesto de exportación de doce dólares por tonelada.

Pero he aquí que el panorama comienza a nublarse y la industria salitrera chilena peligra. ¿Qué ha sucedido? El costo excesivo de transportación marítima y las altas tarifas de las compañías aseguradoras han despertado en algunos sectores europeos la curiosidad en torno al bendito abono. La guerra europea y su fuerte despliegue de protección marítima hace difícil el tráfico de los barcos salitreros, si no imposible. Ya por 1912, en Alemania, el profesor Fritz Haber, del Technische Hochschule de Karlsruhe, estudia las posibilidades de obtener nitrógeno del aire y, basándose en dichas experiencias en Alabama (USA) se investigan gemelos o parecidos procesos exitosamente. Alemania prescinde totalmente del salitre chileno y otro tanto va a suceder con diversas potencias en beligerancia.

Hacia 1920, terminada la sangrienta conflagración europea, en el mundo entero se construyen plantas de salitre sintético y seis años más tarde las iniciativas privadas norteamericanas logran la producción en gran escala que trae el derrumbe casi total de la una vez dominante industria chilena. El año 1929 se forma un «cartel», que consulta los intereses europeos y chilenos, cartel que consulta y fija cuotas, mercados propios y precios. Chile, amagado fatalmente en sus intereses busca la creación de un «pool» nacional, surgiendo en 1930 la «Cosach». En la fuerte competencia que abarca propiamente desde 1923 hacia 1934, la producción mundial

aumentó tres veces y media, con un fabuloso volumen de cinco millones ochenta y dos mil toneladas de nitrógeno. Finalmente, hacia 1944, cinco empresas estadounidenses producen tres veces más de lo que exporta Chile. Ha llegado la época de las vacas flacas y la economía chilena entra en una crisis aguda.

Lo que ayer fuera floreciente se derrumba precipitadamente. La mayor parte de las «oficinas» salitreras quedan automáticamente paralizadas y el desempleo de miles de obreros alarma no sólo al Gobierno sino a la nación entera. Refiriéndose a los dirigentes de la industria y a raíz del primer Congreso de la Economía de la Provincia de Tarapacá (1942), los ingenieros de minas Mariano Hartmann Morales y Ernesto Muñoz Maluschka escriben: «Sus dirigentes no previeron lo que iba a suceder y no se preocuparon de perfeccionar la técnica de la elaboración».

El problema de la desocupación y el derrumbe de la economía nacional estaban plan-

les o «quiscos» y la «llareta» (especie de combustible serrano); puede decirse que es tierra estéril por completo por carencia total de lluvia y aguas fluviales. Aun cuando en la costa el tiempo es generalmente nublado, extendiéndose bastante hacia el interior la llamada «camanchaca» (espesa neblina), el desierto ofrece una temperatura media de 20 grados centígrados de día y en la noche marca por lo general alrededor de 24 bajo cero. Esta zona de los desiertos se extiende desde la provincia de Tarapacá hasta parte de la de Atacama, con una superficie de 200.000 kilómetros cuadrados, y hállase sobre una meseta que se eleva entre 600 y 1.000 metros sobre el nivel del mar, por lo general terminando bruscamente en acantilados sobre el Océano Pacífico y resolviéndose hacia el Este en grandes rocas volcánicas, y, propiamente volcanes, hacia la frontera con Bolivia.

Durante la Colonia, y muy avanzada la



teados y tomaría largo tiempo en recuperarse aun en parte. El ingeniero norteamericano Cappelán Smith estudió y resolvió favorablemente el problema de la reducción del costo de producción, mientras que por otra parte el Gobierno de Chile proyectó y construyó maestranzas y ferrovías que tendían, al igual que otras medidas, a reducir el precio del producto con relación al mercado mundial. Y en esta forma se perpetuó la industria.

Estudiadas las condiciones climatológicas de las provincias norteñas que nos preocupan, a saber: Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquimbo encontraremos características completamente antípodas a las otras regiones de Chile, vale decir la agrícola central, la de los grandes lagos y la austral. Salvo algunos fértiles oasis, en las tres primeras provincias el paraje es propiamente desierto, no encontrándose sino arenas, sales y piedras; sólo crecen minúsculos matorra-

los, aquellas regiones fueron habitadas por los indios «Changos», pescadores que, naturalmente, sólo habitaron las costas y poco o ningún tráfico tuvieron con los desolados parajes en cuestión. Hacia el macizo andino hállanse aún reducciones de indios quechuas (Perú), aymarás (Bolivia) y atacameños (Chile y Argentina). Fácil es calcular que su vida se desarrolló y desarrolla en las propias márgenes del habitat, siendo, a su manera, autosuficientes. En esta última región, las tempestades y aluviones son asunto familiar y el individuo vive su vida en forma sórdida, alejado de toda convivencia con grupos étnicos de otras regiones circunvecinas.

Así bosquejado el habitat, compréndase que la explotación de las sales naturales debió requerir hombres de un temple muy singular, adaptables al medio físico y, sobre todo, dispuestos a una especie de voluntario destierro. Pero, ya el temple del minero chileno norteño (provincias de Atacama y Co-



quimbo), había «probado» someterse al infierno del desierto y no le amedrentaba nada. Cierta es que en los casos de las minas de oro y plata de estas dos provincias, el minero buscaba «su» porvenir en la pequeña escala de sus posibilidades. Su «gran aventura» tenía una meta muy clara: enriquecerse por su propio esfuerzo. Fracasaba y se dolía en carne y hueso, en espíritu y sueño. Triunfaba y llenaba «sus» arcas, era dueño de su propio destino. Cuando cambiaba de faena, dejando atrás la campiña dorada y perfumosa, sabía que iba a perder el paisaje de su infancia pero tenía en mente un «paraíso» que, como todo paraíso, era difícil—si no imposible—de conquistar o merecer. Ese es el temple del «roto» chileno: darse entero sin meditar, sin duda alguna, no importa qué resultados se logren.

Cuando la minería tomó el auge de una real industria, empezó a comprender—y cuán duro debió ser para él!—que extraía oro y

Provenían de las provincias agrícolas del centro y sur de Chile. Eran familias y hombres sólo dispuestos a «correr la aventura» en tierras del oro blanco, como se ha llamado al salitre. Venían de tierra húmeda de rocío, de tierra olorosa a mieses y caldos de vid, de manzanas y naranjales policromos, de tierra de avejillas canoras y ganado taciturno y generoso. Venían de pueblos donde la faena del agro se mezclaba al bordonear de la guitarra, al perlado del arpa provinciana, a las voces chillonas de las «comadres» y al taconeo de briosas «cuecas» camperas. Venían de tierras donde los buhos y las brujas circulan desde el crepúsculo dorado y al sonar el «Angelus», donde las ánimas recorrian el dulzor de la noche estrellada junto a aparecidos y «entierros» y tesoros migratorios bajo la costra verde de la tierra, cuajada de grillos y luciérnagas. Venían, en fin, de la tierra del «huaso», que galopaba de un confín al otro por entre las alamedas olorosas, para asistir al «velo-

eran las mismas que vió desde que tuvo uso de razón.

Entonces, en la aglutinación espantosa de individuos de todas las cataduras, la prédica disolvente hizo presa, e hizo presa legítimamente, hay que decirlo. La promiscuidad en que se lanzaba a grupos humanos, tenía que traer terribles consecuencias en la conducta social del «pampino», que así llaman al trabajador del salitre. Las empresas extranjeras, en la presura por obtener las utilidades de sus inversiones, no atendían al bienestar social del trabajador, y fuerte, muy fuerte, la doctrina materialista, persuade el cuerpo social proletario. Lo que se merecía por justicia ha de lograrlo por derramamiento de sangre y tras el envenenamiento de la salud espiritual del que a sí mismo llámase «paria». Surgen líderes obreros, de palabra tremante y apostólica, corre metralla inclemente y van quedando prendidos en el pecho del pueblo chileno diez, veinte, cincuenta hechos luc-



plata para otros. Se conformó con una paga mínima, exigua pero segura, y claudicó de sus ambiciones salomónicas. ¿Claudicó? He aquí el interrogante, he aquí el conflicto y he aquí el secreto, resorte que va a articular una serie de actitudes sociales por demás interesantes.

Después de la guerra del Pacífico, anexado un territorio por un Tratado internacional, Chile se veía en la situación de darle vida a aquellos inhóspitos desiertos.

Un censo del año 1791, para la provincia de Tarapacá, arroja una población de 7.963 habitantes; y el censo efectuado por la República del Perú en 1876, arrojó 54.669 almas. Los censos chilenos de 1895 y 1907 dan, respectivamente, para esa misma provincia, 97.677 y 117.239 habitantes; de esta última cifra no más de 15.000 eran extranjeros.

¿De dónde provenían entonces esos cincuenta mil «nuevos» moradores de esa sola provincia?

rio» o el «santo», o a la fiesta devota en la aldea cercana, y sabía que donde hiciera un «alto» en el camino allí encontraría un vaso de rica «chicha» de uva o de vino ambarino o rubí.

Ese hombre fué a dar con su humanidad a estas regiones del desierto, desarraigándose de todo lo que era funcional para él, para su estirpe, para su temple de «huaso» o de «roto». ¿Qué podría esperarse de él sino que se convirtiera en un desarraigado, en un tránsito, en un andrajo humano? No otra cosa podía ofrecerle el norte, ese norte por el cual había peleado en una larga guerra, guerra que había ganado legítimamente y que ahora le daba su premio. Nada había allí que le fuera familiar sino el cielo con sus misterios eternos. Pero, en su desconsuelo, a centenares de millas de distancia de su «campo», sin hallar cómo regresarse, maldecía ciertamente hasta de ese mismo cielo, de esas estrellas que no

tosos colectivos que no ha de borrar la historia que no se escribe en textos, pero que el pueblo sabe y acaricia secretamente.

Así, el norte de Chile conviértese en baluarte de reivindicaciones sociales, en fortaleza inexpugnable de una conciencia social dolorosamente adquirida. Cuando el «león de Tarapacá», el recientemente extinto político chileno, don Arturo Alessandri Palma, hablaba a las masas que ciertamente amó y protegió desde el Parlamanto y tres veces desde la Presidencia de la República, las decía: «Mi chusma adorada», y esa chusma sabía qué había detrás de una palabra tremante y ya el resto de la oración no le preocupaba. Cuando Luis Emilio Recabarren recorría las «oficinas» salitreras predicando la justicia social tocaba la llaga viva de una masa olvidada; verdad había en sus arengas, cuando decía: «Entre morir esclavos del hambre y del andrajo y morir luchando por el pan y la libertad, preferimos morir luchando».